

Introducción: V de Vulgaridad

Javier Guerrero
Princeton University

¿Qué es lo vulgar? ¿Falta de “buen gusto” y sofisticación? ¿Referencia escatológica o sexual de carácter ofensivo a causa de su explicitud? ¿Qué tecnologías lo definen? ¿Cómo interviene la estética de la pobreza o de cierta masculinidad en la constitución de un nuevo sujeto vulgar? ¿En qué sentido podríamos hablar de un subgénero, sea literario, musical, sentimental, capaz de traspasar su clase social originaria? ¿Cómo activar este archivo? ¿Cómo interpela la vulgaridad a los administradores de la ciudad de las letras? ¿Cómo incomoda o fascina tal interpelación? ¿Cómo historizar y pensar la vulgaridad? ¿De qué maneras, por un lado, lo vulgar se vuelve capital, pero también, por el otro, se convierte en valor de cambio, en capital cultural o capital monetario? ¿Podemos hablar de la vulgaridad de las cosas? ¿Cuánto de vulgar tiene lo banal? Estas fueron algunas de las preguntas formuladas para convocar a un grupo de académicos e intelectuales a pensar lo vulgar –revisarlo, reconsiderarlo–, para así dar cuenta de su absoluta relevancia dentro de la escena latinoamericana de los siglos XX y XXI. Este número especial de *Taller de Letras* propone entonces entender la vulgaridad de múltiples maneras: como irrupción de sensibilidades populares opuestas a comunidades determinadas por su ilustración, a decir de clase social o actividad profesional; así como a partir de la proliferación e incorporación de prácticas, políticas y poéticas ofensivas, contraculturales o de carácter sexual en la cultura popular o de masas, el canon o en diversas disciplinas artísticas contemporáneas. Asimismo, explora la aparición de lo banal, las relaciones entre la estética y el consumo o aquellas prácticas que fascinan, repugnan o desconciertan al escritor/intelectual –objetos y modos populares y masivos–, la violenta irrupción de la lógica del mercado y las tecnologías somáticas de la necrópolis contemporánea.

He dividido el presente número en tres partes: una primera (Montaldo, Gandolfi, Outes-León) en la que examinamos cómo la cultura de entresiglo da cuenta de la relevancia y estética de lo vulgar o banal; una segunda que explora las muy diversas maneras en las que sensibilidades sexuales y cuerpos amenazantes e indeseados se abren espacio e irrumpen, malvestidos en ocasiones, haciendo gala de su lengua soez y de su cuerpo obsceno e incluso su fealdad (Molloy, Guerrero, Saraceni); y una tercera (Niebylski, Rodríguez), en la que la vulgaridad marca nuevas alineaciones sociales y su lengua, sus cuerpos y siluetas se rebelan, emancipan o incluso espectacularizan ante el mercado y la narcomáquina contemporáneas.

Vulgaridad capital. Políticas de lo vulgar y desafíos del “buen gusto” en América Latina abre con el artículo de Graciela Montaldo “La elegancia del hombre vulgar: tango, consumo, cultura”. Partiendo del *fin de siècle*, el artículo encuentra una paradoja, la fascinación por el compadrito da cuenta de la noción de lo vulgar, pero la misma parece estar intrínsecamente reñida con las propias categorías con las que se le relaciona, la masculinidad y la

pobreza, debido a, y aquí descansa el centro del argumento, su "voluntad estética". Precisamente, la voluntad estética del suburbio y de este sujeto del margen urbano bonaerense es la dimensión que interpela e inquieta a los intelectuales; más que su 'mal gusto', es el cuidado estético de los pobres, la dimensión que más perturba a las elites. Por lo tanto, Montaldo confirma que los signos de reconocimiento de los nuevos sujetos vulgares ya no son únicamente los tradicionales –clase, género y raza–, sino más bien su estética, la que ahora define su pertenencia a un nivel social concreto. Por lo tanto, sus bienes se convertirán en bienes de consumo. No obstante, lo que es aceptado en otras masculinidades es condenado en este sujeto vulgar: "Lo que en el dandi es sofisticación, en los compadritos es mal gusto, bastardía y alarde. Lo que en la cultura del cambio de siglo –el esteticismo del dandi– se ve con cierta sospecha, en las clases bajas casi no se tolera". El 'mal gusto' de este nuevo sujeto vulgar estará entonces ligado al mercado y al consumo, es decir, a su distribución masiva y, por tanto, a su posible contagio.

Centrándose en las crónicas de Gutiérrez Nájera, en especial en aquellas que enfatizan su fascinación por los objetos, el número especial continúa con el artículo de Laura Gandolfi: "Manuel Gutiérrez Nájera y la voz de las cosas". Gandolfi relata cómo los objetos dan cuenta de una compleja e incluso conflictiva relación entre el modernismo y la cultura material de fin de siglo. En las crónicas estudiadas, el artículo entiende que en su voz silenciosa –una vez emancipados, ya posiblemente convertidos en cosas– parece desvelarse el diálogo entre la producción literaria finisecular y el sistema moderno de producción y consumo. La autora se aproxima a dichas crónicas como textos representativos de un modernismo que parece, más que fascinarse por el lujo o la moda, prestar atención e incluso oír a objetos "banales" y cotidianos como es el caso de un paraguas o una moneda. En una serie de crónicas y cuentos en los que los objetos tienen la peculiaridad de hablar, el gesto modernista parece mostrar que estos objetos siguen teniendo aura, pero que únicamente se puede llegar a ella "a través de un espacio impreciso dentro del cual sujeto y objeto confluyen, confundándose entre sí hasta borrarse recíprocamente". Esto revela, entonces, un nuevo pacto entre palabra y objeto, lo que, por lo tanto, replantea la banalidad característica de la mercancía.

A continuación, en su artículo "Esa vacua y petulante invención de la vulgaridad: Nueva York, estética del anuncio, y sociedad de consumo en la obra de Joaquín Torres-García (1920-21)", Brais Outes-León parte del ensayo de Joaquín Torres-García para reflexionar sobre cómo la publicidad es entendida por el artista uruguayo quien, a diferencia de la vanguardia, produce un balance negativo de la industria publicitaria. Lo vulgar de la publicidad resulta, para el artista, característica de la sociedad norteamericana. Torres-García se propone entonces "una denuncia sistemática de la publicidad como una industria discursiva de masas que produce con sus prácticas una gradual deshumanización y vulgarización del individuo en la sociedad capitalista". Bajo su mirada, New York, hipertrofiada de publicidad, se convierte en una fábrica de seres anónimos, indistinguibles los unos de los otros, sin individualidad y, por lo tanto, vulgarizados. La vulgaridad de la industria publicitaria subyace en su ingenua mercantilización de sentimientos humanos que se banalizan hasta el punto de llegar al absurdo.

La segunda parte de *Vulgaridad capital...* prosigue con el artículo de Sylvia Molloy titulado “‘Una torpe estatuilla de barro’: Figuración de Alejandra Pizarnik”. En esta ocasión, Molloy nos invita a pensar la *performance Pizarnik* como una construcción tan calculada y pulida como cualquiera de los textos de la poeta argentina. Basándose en experiencias compartidas así como en material inédito, por ejemplo la relación de un encuentro privado entre la poeta y Victoria Ocampo, la autora explora cómo Alejandra Pizarnik, con su cuerpo y su letra, articula una figura que apela y, con especial énfasis, demanda la mirada del otro, ya que sin el otro no habría figura, es decir, no habría “yo”. Molloy relata el registro en un diario de las lecturas así como su capacidad de exponerse para ser leída ambos momentos, entiende Molloy “-el de la escritora que escribe su lectura, el de la escritora que se ofrece a la lectura de otros-, son elementos decisivos en la composición que hace Pizarnik de su propia figura”. Asimismo, el artículo plantea que el humor excesivo e incluso disonante de Pizarnik constituye una suerte de laboratorio alternativo donde, desde un comienzo, se experimenta con una carga desestabilizadora y transgresora por su carácter desquiciado y hasta vulgar, la que forma parte fundamental tanto de su obra como de su figuración de escritora.

A continuación, mi artículo “Malestares sexuales en la ciudad letrada” revisa y compone una narrativa en torno a cuatro polémicas que mantuvieron los escritores Reinaldo Arenas, Porfirio Barba Jacob, Salvador Novo y Fernando Vallejo. En especial, me centro en las maneras en que estos artistas gay, todos hoy día de notable influencia en las literaturas nacionales, se enfrentan a los más poderosos intelectuales de la ciudad letrada –Ángel Rama, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña– para exigir un espacio en un campo cultural controlado por la hegemonía sexual. En este sentido, propongo que estas polémicas más que dar cuenta de problemas acotados y puntuales, como han sido leídas por la crítica o entendidas por sus mismos protagonistas, intentan remapear y llamar la atención sobre la influencia y novedad de estos artistas al margen del poder así como, si se quiere, ‘robarles’ prestigio y entrar en la cotizada ciudad de las letras. Asimismo, estas vulgares y agrias polémicas no solo *mariconean* la intelectualidad, *vulgarizando* la ciudad letrada, sino que dan testimonio de la materialización de un cuerpo que es también novedoso y requiere nombrarse repetidamente para entonces sellarse.

Esta segunda parte del volumen culmina con el artículo “La inmensa arrechera de Miyó Vestri (notas sobre una lengua vulgar)” en el que Gina Saraceni se acerca al trabajo de la poeta venezolana, cuya voz o aullido irrumpe en la escena cultural nacional mediante un gesto poético disonante, ruidoso. El artículo da cuenta de cómo la “voz fúrica” de Vestri se relaciona con la categoría de lo vulgar. A partir de la voz singular y desbocada de la poeta, Saraceni piensa lo vulgar como un modo específico de usar la lengua, “sin pelos”, descarada y descarnadamente; “una forma que por su impulso rebelde, atenta contra el buen hablar y se coloca fuera de todo cálculo y medida, al derrochar su malestar, su imposibilidad de negociar valores y posiciones”. El artículo muestra cómo la vulgaridad en la obra de Vestri se manifiesta por medio de tres figuras específicas: (01) la “arrechera” o la indignación violenta; (02) el “estar jodido” o “echado a perder” por los males de familia, la rutina o el desamor; (03) y los excesos del cuerpo, la voz y el

deseo. Para Saraceni, el gesto vulgar de Miyó Vestrini vuelve a la literatura peligrosa por su capacidad de transgredir la ley de la lengua y entonces volverla inorgánica e insubordinada.

La tercera y última parte de este número abre con el artículo de Dianna C. Niebylski "Entre el elogio banal y el insulto soez: la vulgaridad como amenaza a la colectividad obrera en *Mano de obra* de Diamela Eltit", en el que aborda la novela de la escritora chilena, específicamente su segunda parte, de manera de explorar la doble retórica que rige la voz narrativa, y la relación entre la degradación del habla de los empleados y la desintegración al pequeño colectivo laboral-familiar que enfrenta el descenso y la exclusión a la que el (super)mercado los expone. Para Niebylski, la expresión vulgar revela entonces la total impotencia de estos sujetos que no tienen otro modo de rebelarse contra las reglas de comportamiento y de expresión hechas para otras circunstancias. Todo esfuerzo por parte de los personajes de expresar gestos solidarios recurriendo a la "palabra blanca" (o la dicción 'civilizada' de los manuales de gramática) se desmorona ante la frustración, el temor y la ira que cada uno experimenta al ser testigos de sus pérdidas (pierden horas de trabajo, electricidad, higiene y hasta un dedo de la mano). De modo que la lengua sucia termina desplazando a la palabra blanca y cada viñeta se vuelve aún más vulgar que la anterior. No obstante, a diferencia de la crítica de la novela, el artículo concluye afirmando que la degradación que sufre la lengua en *Mano de obra* no constituye una señal de rebeldía, sino, por el contrario, de frustración y creciente desesperación.

La tercera parte y el número especial de *Taller de Letras* finaliza con el artículo de Jennifer Marline Rodríguez "'De chopa a muñeca': feminidad espectacular, fuerza orgásmica y economías de la vulgaridad en la televisión popular dominicana". Partiendo de la idea de Maurizio Lazzarato de que la economía de la deuda es también una economía del tiempo y no solo de la subjetivación, el artículo indaga en la carrera de la reina de belleza y presentadora dominicana Carolyne Aquino, quien confiesa haber sido operada cosméticamente con el patrocinio de un presunto narcotraficante. Por lo tanto, su deuda no constituye únicamente un cuerpo parcelado, sino que perpetra la hipoteca de su temporalidad. Rodríguez se pregunta si la vulgaridad, delezada por los protocolos y las tecnologías de la belleza, puede constituir una fuente de agenciamiento y de qué manera lo vulgar, entendido como un límite de la presentación del cuerpo en la televisión dominicana, puede ser gestionado para producir valor a partir de estos cuerpos endeudados. De acuerdo con el artículo, la presentadora dominicana parece gestionar los límites que definirían la vulgaridad e interrumpirían el valor y la producción de capital "sin exceder esos límites, más bien, aprovechando cada ápice de su indeterminación".

Vulgaridad capital. Políticas de lo vulgar y desafíos del "buen gusto" en América Latina plantea un amplio espectro de problemas que parten desde la incomodidad del intelectual de principios de siglo y su desconcierto ante la ascensión de la vulgaridad hasta cómo ciertas prácticas vulgares desafían circuitos establecidos descolocando conceptos fundantes como el "buen gusto" y dan visibilidad a estéticas y sujetos desplazados, desechados, precarizados o que, por el contrario, perpetran el pacto con el nuevo poder soberano. Este número especial de *Taller de Letras* se propone producir una tecnología para pensar esta incómoda inscripción de lo vulgar y la vulgaridad en América Latina.